

“CON TODOS Y PARA EL BIEN DE TODOS”: UNIDAD, JUSTICIA Y ESTRATEGIA INTERNACIONAL EN JOSÉ MARTÍ

Rodolfo Sarracino

Es una verdad incontestable que el discurso pronunciado por Martí el 26 de noviembre de 1891 en Tampa fue una profunda y conmovedora exhortación a los emigrantes cubanos a la unidad, hasta el sacrificio último, para asegurar la independencia de la patria. Probablemente se encuentra entre los tesoros oratorios del Apóstol más citados y amados por los cubanos patriotas. Al propio tiempo Martí no podía permitirse ignorar la necesidad de promover la unidad y el equilibrio internacional entre los pueblos y gobiernos, sobre todo los de la América Hispana. Pero hoy nos referiremos a un tema que Martí ya había incorporado a su arsenal político internacional, que por razones obvias evitaba ventilar públicamente en sus artículos y crónicas.

Me refiero concretamente a la influencia del positivismo en el derecho internacional a fines del siglo XIX que ya era una realidad en las añosas páginas de algunos textos de esa disciplina. Interesa comprender que aún no hemos logrado precisar como éste pudo haber influido en Martí, abogado y profesor de Derecho, cuyo trabajo de graduación en la Universidad de Zaragoza fue precisamente sobre el *Ius Gentium* o Derecho de Gentes romano, equivalente al Derecho Internacional de nuestros días.

En los círculos académicos internacionales se debatía entonces la necesidad de una sociedad de estados, como condición imprescindible para la existencia del Derecho Internacional, último refugio de los países pequeños y débiles que apenas sobrevivían, y sobreviven, ante la voracidad de las grandes potencias, en tanto que el equilibrio de poder entre los estados se estimaba condición inevitable para el buen funcionamiento de un Derecho Internacional aplicable y en esa medida perdurable. Se discutía entre los más connotados internacionalistas de aquellos días el papel de la voz de los pueblos, la política y la ética en el desarrollo del Derecho Internacional. Nada más coincidente con los intereses docentes, pero sobre todo revolucionarios, de José Martí.

Los ideólogos del imperio Yanqui, que nunca creyeron en familias de estados y mucho menos en la incorporación de la ética al Derecho Internacional o al equilibrio en las relaciones del mundo, impusieron, hasta el día de hoy, los criterios del poder militar como factor decisivo en las relaciones internacionales. No se registran ejemplos de dirigentes políticos o jefes de estado estadounidenses, con excepción de uno o dos casos excepcionales y el de Henry Kissinger en tiempos relativamente recientes, que haya mencionado siquiera el principio del equilibrio en las relaciones internacionales, salvo para señalar su ineficacia.

Es cierto, precisa subrayarlo, que Martí escribió poco del tema, aunque como principio estratégico lo aplicó en la lucha, cuando se hallaba inmerso en la organización de un proceso

revolucionario en Cuba, sobremanera complejo por la cercanía a una gigantesca nación, cuyos círculos de poder se empeñaban en convertirla en un imperio. El modelo estratégico martiano, salvando la diferencia en el tiempo y las circunstancias, se inspiró en las ideas de Simón Bolívar.

Por lo pronto, hacia 1889, en pleno bregar revolucionario de Martí, ya era pública la voluntad de los círculos de poder estadounidenses de convertir al país en un gran imperio, con el peligro que ello suponía para el futuro de los estados independientes hispanoamericanos, que se esforzaban por consolidar su independencia, sobre todo los más pequeños y débiles en las Antillas.

Dos años antes, pongamos por ejemplo, en una crónica dirigida a México en *El Partido Liberal*, en que criticaba los prejuicios del periodista y promotor estadounidense David Ames Welk sobre México, en un artículo publicado en *Popular Science Monthly*, con énfasis en su miseria estructural, su ignorancia generalizada, la falta de iniciativa empresarial y las limitaciones de toda índole, reales o inventadas, Martí intercaló una comparación con la Argentina, una de las pocas ocasiones en que se permitió una opinión clara y directa sobre ese país y sus relaciones con su aliada europea: “la República Argentina crece con mayor rapidez relativa que los Estados Unidos. Y quien ayudó a la Argentina, tiene interés en ayudar a toda la América: Inglaterra”.¹

El peligro estadounidense era inminente para la revolución cubana y la puertorriqueña, que entonces nacían, caracterizadas por el propio Apóstol como el “último capítulo” de la revolución iniciada en la Argentina en 1810 y continuada por Bolívar en 1813 hasta la retirada de España de Sudamérica. Era evidente la necesidad de unión entre los pueblos hispanoamericanos, sin la cual, dijo Bolívar al fin de su vida, el esfuerzo libertario podía resultar en “arar en el mar”.

La visión revolucionaria de José Martí, por otra parte, estaba condicionada por la ubicación que hoy llamaríamos “geoestratégica” de Cuba. A partir de 1889 hasta su muerte en Dos Ríos, la lógica de sus principios e ideas, y sobre todo sus acciones, a duras penas se imponían a su relativo aislamiento, su falta de recursos y su condición de simple inmigrante económico en Estados Unidos. En esas condiciones era vulnerable a cualquier acción represiva instigada por el gobierno estadounidense o por el de España.

Una conclusión obvia es que sus opciones estratégicas eran limitadas. Martí se proponía organizar una revolución en una colonia de España, con algo más de millón y medio de habitantes, debilitada económicamente por una prolongada guerra de independencia entre 1868 y 1878, situada a sólo 90 millas de un nuevo coloso imperial que se fortalecía aceleradamente con una legislación migratoria selectiva que le permitía admitir anualmente, procedentes de Alemania y en general del norte de Europa, a más de 120,000 jóvenes educados y en edad militar.

¹ José Martí, *Otras Crónicas de Nueva York, Investigación, Introducción e índice de Cartas* –La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, 1983, p. 100

Era ya un verdadero gigante con ocho y medio millones de kms cuadrados de extensión, y más de 60 millones de habitantes, una industria pesada bien desarrollada, que incluía la producción de armamentos modernos, y la disponibilidad de cuantiosos recursos financieros y humanos. Era, no cabe duda, un adversario en extremo difícil.

La singular paradoja de la revolución en ciernes era precisamente que ese enorme país, cuya agresividad crecía por días, era la retaguardia principal de la revolución cubana y en varias de sus urbes importantes se hallaban los grupos más numerosos de emigrados revolucionarios cubanos, fuente principal del financiamiento, armas y otros recursos materiales decisivos para la guerra.

Las fuerzas armadas norteamericanas y el grupo conservador del Partido Republicano ya habían declarado públicamente la “necesidad” de “controlar” a los países y colonias hispanoamericanos que luchaban por su independencia en el Caribe, concretamente Puerto Rico, pero sobre todo Cuba, porque ambos bordean el estratégico Paso de los Vientos, donde se hallan los aproches al istmo, precisamente el lugar en que se preveía construir un Canal transoceánico para el transporte de los productos de las industrias del Este del país hacia los grandes mercados de Asia – y también su flota de guerra. Estados Unidos se prefiguraba, pues, como el adversario estratégico de la revolución cubana mucho más peligroso que España. Un famoso historiador, capitán de navío de la marina de guerra estadounidense, Alfred Thayer Mahan, había proclamado en un artículo, en aquellos días muy controvertido, en la conocida revista *Monthly Review*:

Entre las islas [del Caribe] y en la tierra firme hay muchas posiciones de gran importancia ocupadas hoy por estados débiles o inestables. ¿Están dispuestos los Estados Unidos a permitir su venta a un rival poderoso? ¿Qué derecho invocará contra la transferencia? Sólo uno – su política razonable apoyada por la fuerza. ⁱ

Los “rivales poderosos” activos en la región eran Inglaterra y Alemania. Esa posibilidad era en ese momento remota. La prensa no reportaba negociaciones de esa índole en el Hemisferio. Pero la declaración en sí constituía una advertencia transparente de que Estados Unidos, con el ímpetu y la arrogancia de todo joven imperio, optaría a partir de entonces por la fuerza para el logro del control de las Antillas y de otras posiciones en el Océano Pacífico.

Desde las páginas de diarios influyentes como *La Nación* de Buenos Aires y *El Partido Liberal* de México, Martí desplegó una persuasiva campaña contra las pretensiones hegemónicas de los centros de poder de la burguesía industrial y financiera estadounidenses, que culminó con su nombramiento de cónsul en Nueva York de tres países sudamericanos – Uruguay, del cual ya era cónsul en 1887, y la Argentina y Paraguay, que lo nombrarían en 1890.

En esas circunstancias tan adversas, el proyecto descansaba en principios éticos inmovibles, cuyo presupuesto principal debía ser la unidad del pueblo cubano y de la América hispana, basado sobre todo en el principio del equilibrio político y militar internacional,

según él lo interpretaba, apoyado en el derecho internacional, “general y grandioso”, como solía llamarlo, que sólo podría existir y de hecho aplicarse habiendo asegurado previamente el equilibrio hemisférico político, económico y militar.

El concepto del equilibrio internacional para Martí se completaba con lo que hoy llamaríamos “contradicciones interimperialistas” entre las principales potencias de la época. Martí había comprendido, en fin, que la victoria y la consolidación de la revolución cubana dependían, no sólo de los combates en los campos de batalla, y de la unión anticipada del pueblo cubano, sino de la unidad de toda la América hispana, frente al peligro de la expansión estadounidense en el Caribe, la América Central y Sudamérica.

En esas circunstancias, la creación de un partido no electoral, que Martí llamó Partido Revolucionario Cubano, fue una iniciativa brillante que tuvo para la revolución cubana y su líder una importancia capital. No me refiero exclusivamente a las implicaciones internas de su fundación, en términos de la unión del pueblo cubano y de la organización del apoyo moral y material a la guerra, bien conocidas, sino al imperativo de defender la independencia cubana incluso después de alcanzada la victoria contra España, frente a la política animada por los principios expansivos, hoy llamados geoestratégicos, de los círculos de poder estadounidenses y de sus fuerzas armadas, particularmente evidentes al iniciarse la Conferencia Internacional Americana a partir de 1889.

Otra de sus iniciativas más lúcidas fue el estudio detenido y profundo que dedicó a las contradicciones entre las grandes potencias europeas en América Latina y de hecho en todo el mundo, en particular la asociación táctica entre Inglaterra y Alemania frente a Estados Unidos, que preocupaban a los estrategas militares y a los grupos conservadores en el Congreso estadounidense. Y desde el campo de batalla en las montañas orientales, en abril de 1895, se valió de ellas para tratar de alcanzar sus objetivos revolucionarios al enviar dos cartas a los cónsules de Inglaterra y Alemania respectivamente, bien recibidas por sus gobiernos, en las que entre otras cosas solicitaba respeto para el gobierno revolucionario durante la guerra, al tiempo que ofrecía con gran diplomacia a los países europeos igualdad de oportunidades comerciales y garantías para proyectos inversionistas.

La idea de lograr el apoyo de algunas de las potencias europeas para la revolución cubana, pues, estaba prevista en el proyecto independentista martiano, que debía contribuir a garantizar la supervivencia de la independencia de Cuba, una vez alcanzada en la guerra.

Para Martí, que además había estudiado en profundidad la guerra de independencia conducida por Bolívar, la opción era clara. En enero de 1887, pongamos por ejemplo, en una crónica dirigida a México en *El Partido Liberal*, en que criticaba los prejuicios del periodista y promotor estadounidense David Ames Welk sobre México, en un artículo publicado en el *Popular Science Monthly*, llegó a afirmar una de las pocas ocasiones en que se permitió una opinión clara y directa sobre ese país y sus relaciones con su aliada europea: “la República argentina crece

con mayor rapidez relativa que los Estados Unidos. Y quien ayudó a la Argentina, tiene interés en ayudar a toda la América: Inglaterra”.²

Fue obviamente una lección aprendida de Bolívar, cuyo principal aliado internacional en la guerra contra España fue Inglaterra. La influencia de Inglaterra, la otrora gran potencia mundial en América Latina en aquellos días, más allá de Canadá y las islas cercanas al territorio estadounidense, la observaba Martí con detenimiento a partir del inicio de la década del ochenta.

Los tres nombramientos consulares, tan excepcionales entonces como hoy, a Martí le proporcionaron, teniendo en cuenta el de Uruguay en 1887, unido a los de Argentina y Paraguay en 1890, cuatro años con una sólida cobertura consular, profesional y política para sus actividades revolucionarias, principalmente la que le ofrecía su cargo de cónsul de la Argentina, a diferencia de Brasil, vinculado por el cordón umbilical de los suministros de café y azúcar al mercado estadounidense.

Desde sus tres consulados, Martí pudo moverse con mayor libertad y seguridad, hasta que la legación hispana protestó oficialmente ante la Argentina en Washington por su discurso del 10 de octubre de 1891 en Nueva York, viéndose obligado a renunciar a los tres consulados, bajo amenaza de ser destituido por el ministro plenipotenciario argentino, profundamente contrariado por tener que abandonar sus cargos bajo la presión de la monarquía hispana y la amenaza de destitución de dicho ministro, en medio de un ruidoso escándalo instigado por España en la prensa plutocrática local.

No podemos extendernos para abarcar en detalle los factores internos en la Argentina que incidieron en la renuncia de Martí. Baste decir que cuando fue designado cónsul argentino en julio de 1890, sin que él en momento alguno lo solicitara, directa o indirectamente, como afirmó en su renuncia, ya era bien conocido en Nueva York y Buenos Aires como un intelectual brillante, dirigente de la revolución cubana. Y por ello se comprende que no fuera de su agrado verse obligado a renunciar por voluntad de España, en medio de un sonado escándalo, con la aquiescencia del gobierno argentino.

La decisión de designar a un cubano revolucionario en el Consulado General de Nueva York había transmitido un mensaje político, difícil de ignorar, obviamente favorable a la causa cubana: Cuba no estaba sola. La obligada renuncia al cargo quince meses después, en cambio, indicaba, de parte del gobierno argentino, la confirmación de la política exterior que priorizaba a Europa y como parte de ella concretamente a España, antes que a Cuba, lo que constituía un mensaje de signo negativo para los intereses de la revolución cubana.

A la decisión argentina en esta coyuntura contribuyó la crisis financiera en ese país que condujo al descontento del pueblo bonaerense y a una intentona militar rápidamente liquidada

² José Martí, *Otras Crónicas de Nueva York, Investigación, Introducción e índice de Cartas* –La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, 1983, p. 100

contra el presidente argentino, Miguel Angel Juárez Celman, que sin embargo lo obligara a renunciar, a él y a Roque Sáenz Peña, nombrado en 1890 ministro de relaciones exteriores, cuando ya parecía identificado con las ideas estratégicas de Martí y había recomendado su designación consular. Para Martí fue una contrariedad en extremo perjudicial que le significó, sin embargo, una experiencia valiosa.

Interrumpidos totalmente sus vínculos con los consulados sudamericanos, en enero de 1892 Martí ya había logrado la aprobación de las bases y los estatutos del Partido Revolucionario Cubano, cuya fundación se dio a conocer formalmente tres meses más tarde. A partir de entonces, no hablaría como el intelectual brillante, y alto funcionario consular de tres repúblicas sudamericanas, sino como el representante de la gran mayoría de los patriotas cubanos emigrados en Estados Unidos, Centroamérica, América del Sur y Europa. Con gran previsión Martí había incluido en las Bases del Partido: “Establecer discretamente con los pueblos amigos relaciones que tiendan a acelerar, con la menor sangre y sacrificios posibles, el éxito de la guerra y la fundación de la nueva república indispensable al equilibrio americano”.³

Con el respaldo de esa representación viajó a México en 1894 y le escribió al presidente mexicano una solicitud de entrevista, en cuyo texto se observa claramente su autoridad política, ya consolidada, y el respaldo de los clubes revolucionarios cubanos dentro y fuera de Cuba. Se trata de líneas que revelan además su capacidad dialéctica y su flexibilidad táctica. Veamos parte del texto para observar al Apóstol en una iniciativa del más depurado realismo político:

Señor:

Un cubano prudente, investido hoy con la representación de sus conciudadanos, — que ha probado sin alarde, y en horas críticas, su amor vigilante a México— y que no ve en la independencia de Cuba la simple emancipación política de la isla, sino la salvación, y nada menos, de la seguridad e independencia de todos los pueblos hispanoamericanos, y en especial los de la parte norte del continente, ha venido a México, confiado en la sagacidad profunda y constructiva del general Díaz, y en su propia y absoluta discreción, a explicar en persona al pensador americano que hoy preside a México la significación y el alcance de la revolución sagrada de independencia, y ordenada y previsoramente a que se dispone Cuba. Los cubanos no la hacen para Cuba sólo, sino para la América; y el que los representa hoy viene a hablar, en nombre de la república naciente, más que al jefe oficial de la república que luchó ayer por lo que Cuba vuelve a luchar hoy.⁴

³ José Martí, *Obras Completas*, tomo 1, p 281.

⁴
Carta de José Martí al general Porfirio Díaz, México, 23 de julio de 1894, *EPJM*, t. IV, p. 228.

La entrevista, asegura el historiador mexicano Alfonso Herrera Franyutti,⁵ tuvo lugar: Martí se entrevistó con Porfirio Díaz, de quien no pudo lograr, por la presión permanente de Estados Unidos estadounidense en México, una promesa de reconocimiento de la beligerancia del pueblo cubano, pero sí su simpatía por la revolución y una importante ayuda pecuniaria personal de unos 20,000 pesos oro, cifra respetable entonces, lo que dejaba abiertas las puertas en la capital mexicana para futuros contactos y contribuciones.

⁵ Véase Alfonso Herrera Franyutti, *Martí en México: recuerdos de una época*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996.

i -----: "The United Status Looking Outwards", *Atlantic Monthly*, agosto de 1890, en *The interest of America in Sea Power. Present and Future (1897)*, del propio autor Disponible en Internet. Véase el amplio contexto de este tema en Rodolfo Sarracino, "Martí en el Club Crepúsculo: en busca de nuevos equilibrios, La Habana, revista *Casa de las Américas*, No. 251, abril-junio 2008. Y sobre todo en su libro del mismo nombre publicado en el 2010 en una coedición del Centro de Estudios Martianos con la Universidad de Guadalajara, La Habana.